

LAS PLAYAS DEL SOL

Por LUIS CARANDELL. Fotos: GORGE RUEDA

UN compañero muy viajado que conoce palmo a palmo la costa española me dice: «¿Cómo no mencionaste en tus anteriores artículos playas tan importantes y significativas como las de Gandía, en Valencia; Sitges, en Cataluña; Zarauz, en Guipúzcoa; Algorta, en Vizcaya; Laredo, en Santander, o Llanes, en Asturias? ¿Es que no representan nada para ti Vivero, Puentedeume y las Rías Altas, ni tampoco las playas pontevedresas?». Tiene razón. Nada más lejos de mis intenciones que omitir o preterir un lugar en favor de otro. Las playas se cuentan aquí por millares. La naturaleza fue pródiga con esta nación que estaba llamada a dedicarse al negocio turístico desde que, en remotos siglos, sus gobernantes cayeron sobre aldeas y ciudades con el peso de la Real Hacienda, esquilmaron sus campos y afeitaron sus bosques con tal de mantener el prestigio del imperialismo. Con el tiempo se demostró que aquella aventura equivalía, como suele decirse, a «estirar más el brazo que la manga», pero cuando los médicos europeos descubrieron las virtudes de los baños de mar y de los baños de sol, y los novelistas los asociaron con el alcohol y el erotismo, el milagro español estaba a la vuelta de la esquina. Las fuerzas vivas de pueblos y ciudades llenaron las calles de carteles en cuatro idiomas, mandaron retirar los menegados cultivos de lechugas y

tomates, aparceraron las tierras de marina y esperaron sentados la cosecha anual de veraneantes. En nuestros días encontramos playas de solera, con sus chalets y villas de gusto modernista, y otras improvisadas, como ciudades castrenses pobladas por gentes con las vacaciones pagadas. Hay playas mediterráneas, donde predominan el whisky y los bikinis, y playas cantábricas, con chacolí y bañador. En el Norte hace fresco y en cualquier momento le da a la marea por subir, y los bañistas recogen precipitadamente sus cosas huyendo al resguardo de la playa. En el Sur y en el Este hace calor, más calor a veces que en las ciudades de los temporales emigrantes de verano. Pero las playas frescas se anuncian frescas, y las calurosas, calurosas. Las que son de arena fina, presumen de ello, y las que tienen guijarros ponderan las ventajas de los guijarros. Hay entre las zonas turísticas de playa una guerrilla sorda, la misma que hay a propósito de las lentejas, los melocotones, los dentífricos y los computadores electrónicos. Es una guerra innecesaria. Queda negocio para todas las playas. El turismo no falta y son incontables los españoles que necesitan descanso después del ajetreo de los plazos y las letras de cambio, la espera del autobús y la angustia de la circulación, la congelación de los salarios y las horas extraordinarias.

PUNTA UMBRIA: VIDA DE FAMILIA

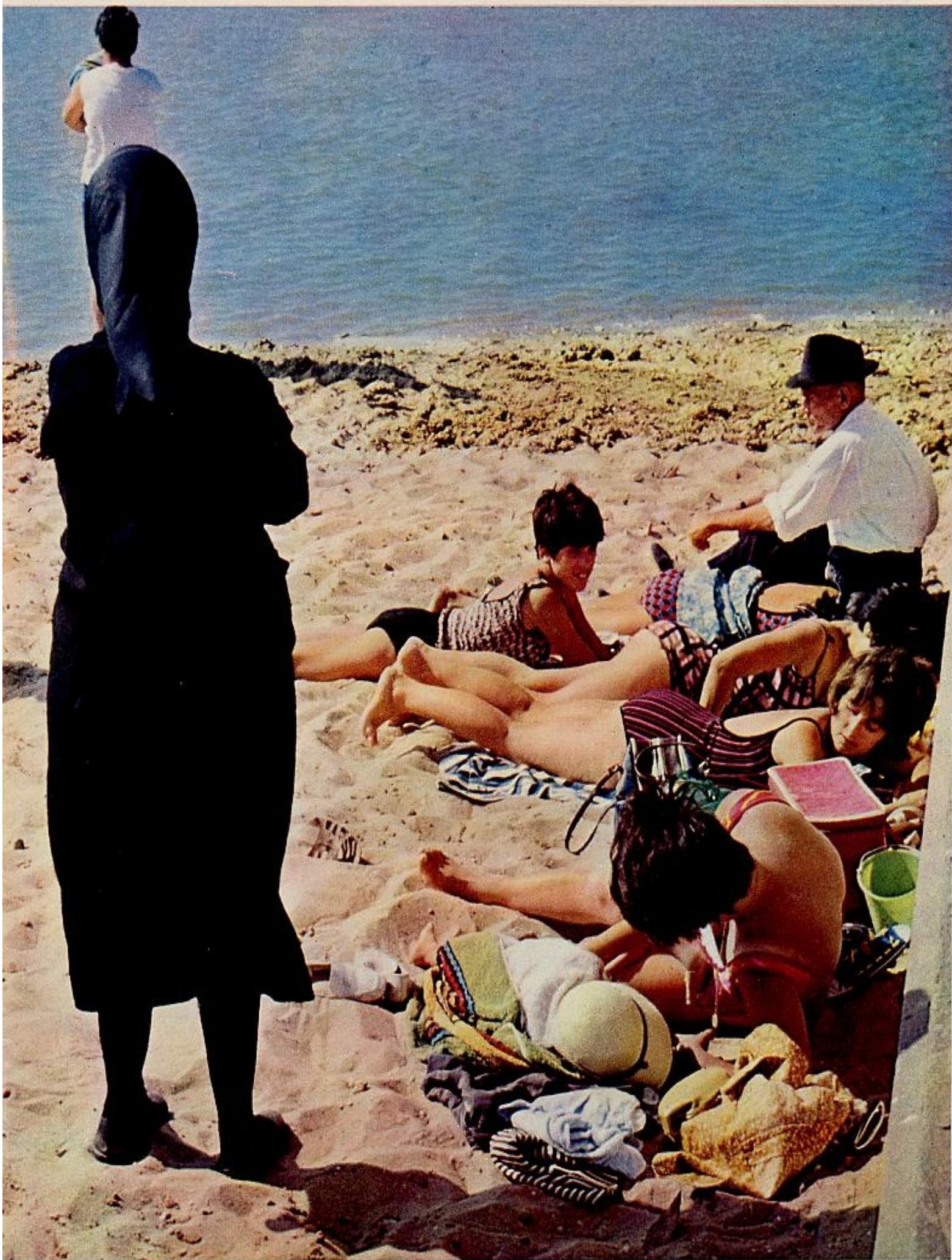
Prosigue nuestro viaje dejando atrás Galicia, con la pena de no haber tonido tiempo de recorrerla y la promesa de volver. Cruzamos Madrid, señor y horterera, casi sin detenernos, en el momento en que regresa el primer turno de vacaciones y se dispone a salir el segundo. Podíamos haber pasado por Salamanca y Cáceres. ¿Cómo estará la carretera? España sufre desde siempre de un mal endémico: la manía radial del centralismo administrativo. El camino más llevadero pasa siempre por Madrid. De Madrid a Sevilla y de allí, a Huelva. «Tres cositas tiene Huelva, — que no las tiene Madrid, — la Rábida y Punta Umbria — y ver los barcos venir — con l'amanecer del día».

He aquí una ciudad interesante a la cual ha empezado a prestarse atención hace apenas cuatro años. Para quien haya conocido la Huelva todavía rural y comerciante anterior al polo de desarrollo y a la aventura espacial del Cabo Arenosillo, el cambio es perceptible a primera vista. Están por resolver todavía sus grandes problemas históricos. La emigración continúa ampliamente en la provincia. Las zonas de marisma — decenas de miles de hectáreas — carecen todavía de un plan coherente que podría hacerlas productivas. Los largos siglos de espera del tímido lanzamiento, desde que

Colón reclutara aquí a la tripulación de las Carabelas, se hacen notar todavía en la ciudad. Pero su clima ha cambiado. Algún hotel nuevo, cafeterías, boîtes de estilo moderno. Las plantas edificadas, la Refinería, la Celulosa, la Central Térmica y buen número de industrias auxiliares dan hoy trabajo a muchos habitantes de esta provincia que llevaba el título honorífico de California del Cobre, que producía talentos esporádicos, pero que vivía abandonada de la mano de Dios en un rincón de la Península. Con las industrias llegaron los técnicos de provincias más desarrolladas dejando para los onubenses los puestos de trabajo menos cualificados. No son pocas, sin embargo, las industrias que organizan cursos de capacitación. La llegada de los ingenieros y de los obreros especializados ha provocado una fuerte subida en los alquileres de las viviendas y en los precios de los productos. El capital privado ha salido de sus escondrijos históricos y se ha lanzado al negocio de la construcción. El desarrollo económico, incluso a su actual ritmo, amenaza el equilibrio de esta región de cultura agrícola, produce roces y se lleva por delante muchas cosas. Pero la transformación, todavía incipiente, de la Huelva de nuestros días tiene sin duda una novela.

Llegamos a Huelva por la mañana el fotógrafo Jorge Rueda y yo, y dimos una vuelta por la

(Pase a la página 39.)







El veraneo en Punta Umbria y la costa onubense mantiene todavía un entrañable sabor familiar, de caras conocidas y costumbres tradicionales. La popular Canoa transporta, a través de la ria del Tinto y el Odiel, a los veraneantes desde el puerto de Huelva a Punta Umbria. Aquí no faltan estampas que parecen de otros tiempos, como el carro del aguador. Las playas se extienden a todo lo largo de la costa entre el Guadiana y el Guadalquivir.

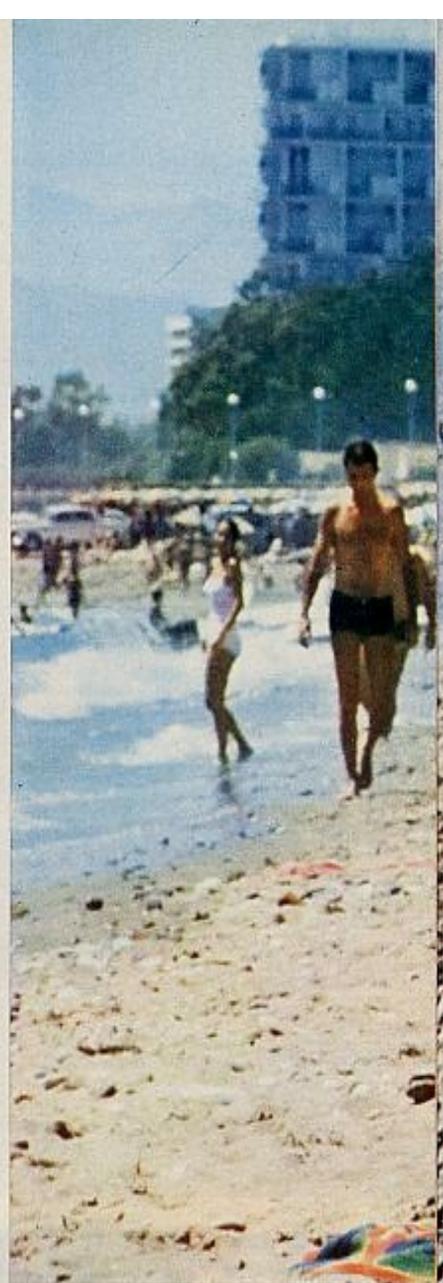






La playa de Cádiz es una playa con antigüedad y solera, como los vinos de Jerez. Los sillones de mimbre pintado coexisten con las tumbonas standard, y los bikinis de ahora con los miembros de aquellas familias que, hace muchos años, eran los únicos veraneantes. En las calles de la ciudad siguen los coches de caballos con cocheros que parecen parientes del «Séneca».





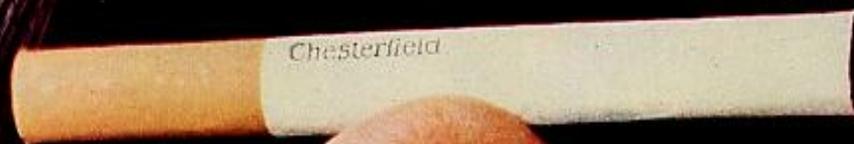
LAS PLAYAS DEL SOL



En Marbella hay un verano español que viene a ser, para la clase alta de este país, el reverso de la medalla del verano en San Sebastián.

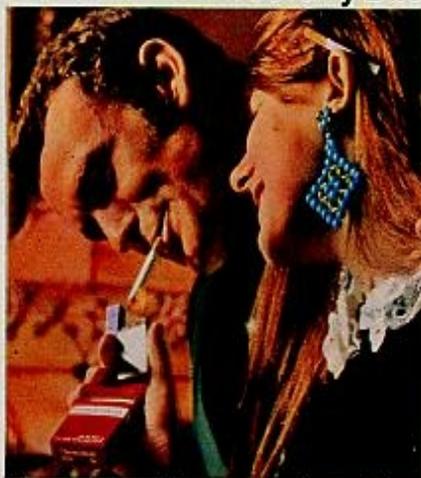
Aquí vienen a divertirse. A la izquierda, la playa del «Don Pepe». A la derecha, una calle de Torremolinos, feudo del cosmopolitismo en la Costa del Sol.





Chesterfiltro

(Joven y Diferente)



Chesterfield con filtro, un cigarrillo con "manera de ser"; una manera joven, suficientemente distinta como para que se fijen en él... (en Vd.) Chesterfield además, tiene ahora un nombre un poco más largo. Con filtro. Disfrute a través de él, del verdadero sabor de un Chesterfield. Chesterfiltro. (Encienda uno y disfrute a todo filtro de su sabor.) Chesterfield con filtro satisface internacionalmente.

En la Costa del Sol hay ahora algunos millonarios que antes fueron pequeños propietarios. El «boom» turístico multiplicó el valor de sus terrenos.

(Viene de la pág. 30.)

ciudad ajetreada. Tomamos café en la Cafetería Pelayo, situada en la Gran Vía, muy cerca de la plaza de las Monjas, donde se reúne la gente acomodada de la ciudad. Luego paseamos por la calle más famosa de Huelva, la calle Concepción, cerrada al tráfico rodado, lugar del paseo provinciano y centro comercial. Huelva no tiene muchas cosas que ver. Existen los restos de una mezquita árabe, alguna iglesia y un museo de pintura con cuadros de Valdés Leal. Tampoco puede decirse que sea una ciudad fea. Caserones de principios de siglo con galerías acristaladas que recuerdan las de las ciudades gallegas, tal vez porque fueron construidas por los armadores de Galicia establecidos en Huelva. Por todas partes hay tabernitas, muchas de ellas sin nombre, donde se toma la caña de vino de la tierra con la tapa de hígado en salsa o de hueva de pescado con aliño.

Huelva es tierra de artistas. Juan Ramón Jiménez, poeta máximo y Premio Nobel, nació en el vecino pueblo de Moguer, al fondo de la ría. De Huelva son también el pintor Vázquez Díaz y el pintor José Caballero. Glorias actuales de esta provincia son Chamaco, «El Litri» y el boxeador Carrasco, así como un campeón de billar, Gálvez. Con esta provincia, cenicienta de la Península, ha sucedido una cosa. La constante emigración ha arrastrado fuera de ella a muchos talentos que podían haber sido onubenses, pero a quienes se tiene por naturales de su ciudad adoptiva. Sevilla, sobre todo, por su proximidad y por su importancia, ha significado un fabuloso drenaje para Huelva. Me contaron que, no hace muchos años todavía, los jóvenes de los pueblos fronterizos entre las dos provincias, cuando se emborrachaban, iban a buscar el cartel indicador del paso de una provincia a otra y lo cambiaban de sitio para que su pueblo quedara incluido en tierras sevillanas. Hay personajes discutidos. Por ejemplo, en Huelva afirman que Pinito del Oro es de allí, mientras ella lo niega. Con don Florentino Pérez Embid sucede una cosa curiosa. En las notas biográficas se afirma que don Florentino es de Aracena (Sevilla). Es un hecho comprobable que el pueblo de Aracena pertenece a la provincia de Huelva y no a la de Sevilla. Pero don Florentino no pa-



rece tener interés en aclarar el malentendido. Esto nos hace pensar que acaso Huelva no fuera un lugar demasiado propicio para la vida intelectual. Sabido es que a Juan Ramón le llamaban «el loco». Pero Huelva tiene una gloria indiscutida de gran importancia en el contexto de la España actual. Y es que el Recreativo de Huelva es el club decano de los equipos de fútbol.

Aquel primer día de nuestra estancia en Huelva comimos en un restaurante de mucho predicamento e influencia en la ciudad. Su nombre es de gran raigambre: «En la Esquinita te espero». Nos recomendaron que pidiéramos acedias, chocos y, de segundo, pez espada asado, que allí llaman «aguja». En toda Andalucía se frie bien el pescado y en Huelva, mejor. Los chocos, que son de la familia de los calamares, constituyen la verdadera especialidad de la provincia, hasta el punto de que el nombre de «onubenses» que se aplica a sus habitantes resulta un cultismo libresco al lado de la palabra «choqueros» con que ellos se honran.

Por la tarde tomamos la **Canoa** para ir a Punta Umbría. Existe una carretera reciente-

mente construida, pero preferimos ir por mar, porque la **Canoa** es la verdadera institución del veraneo **choquero**. Parece la **Canoa** una barca de pesca grande, una especie de bou transformado en golondrina de paseo marítimo. Tiene en la parte de proa bancos sueltos de madera pintada de un color naranja intenso y en el centro del barco, hasta la popa, una galería cubierta donde están las butacas de madera, que parecen de cine barato de los años cuarenta. Hay varias **canoas** haciendo el servicio de Punta Umbría, pero a nosotros nos tocó la que lleva nombre de «Rápido» en letras de vistoso dibujo. El timonel, viejo lobo de mar atlántico, va encerrado en una cabina acristalada con ínfulas de puente de mando.

El paisaje que se contempla desde la salida del puerto de Huelva es realmente único y de una rara y sugerente belleza. Aquellos extraños versos de Juan Ramón: «El sol mayor que el sol, — inflama el mar real o imaginario, — que resplandece entre el azul frondor, — mayor que el mar, que el mar», cobran pleno significado en esta ría del Odiel que confluye en el mar con el Río Tinto. Avanzamos

LAS PLAYAS DEL SOL

dando un pronunciado rodeo a través del paisaje irreal o, diría yo, surrealista de la marisma. A la altura de los ojos no tenemos otra cosa que una vegetación de mata baja, de color verde azulado y, a lo lejos, la línea oscura de los pinos que crecen en tierra firme, como un trazo de acuarela. La costa de Huelva recibe el nombre de Costa de la Luz y, por una vez, el formulismo administrativo que la bautizó parece haber acertado plenamente. Cuando aparece ante nosotros Punta Umbría, blanco y verde en el azul intenso, el paisaje está hecho de la luz de Juan Ramón.

Este viaje en la **Canoa** nos va metiendo ya en el ambiente que encontraremos al llegar, el ambiente íntimo y familiar del veraneo antiguo. La travesía dura algo menos de una hora. Un acordeonista viejo la ameniza y un chaval vende a los pasajeros gaseosas refrigeradas en un cubo con hielo. Hay señoras con niños, matrimonios, parejas de novios, una chica guapa con su hermana la pequeña. El pueblo de Punta Umbría, al que los onubenses llaman simplemente «Punta», está situado en una manga de tierra que se adentra en el mar siguiendo la dirección de la desembocadura del Odiel. El puerto, con su pequeña flota pesquera y su paseo lleno de bares y cafés, se encuentra en el lado de la ría y sus aguas son tranquilas. La playa está al otro lado, a unos setecientos metros del puerto, atravesando la manga de tierra. Del puerto a la playa hay una calle arenosa, apenas urbana, entre los chalets y las villas sostenidos sobre pilares, sin duda para evitar la humedad de esta somera franja de terreno que se extiende entre la ría y el mar. Hay una iglesia de estilo andaluz, blanca y ocre, con ventanas enrejadas. No se han cometido, todavía, en el pueblo los desmanes arquitectónicos que hemos encontrado en muchos otros lugares de la costa española. Los pocos edificios de apartamentos que se han construido no bastan para quitar a Punta Umbría el carácter que le dieron los primeros veraneantes hace más de medio siglo. A la entrada de muchas de las villas, cubriendo la terracita que da acceso a la casa, puede verse el cobertizo de rama de boj a cuya sombra se ve a las familias comiendo, sesteando o jugando a las siete y media.

No encontré en Punta Umbría

En el litoral atlántico del Sur, como en el Cantábrico, es frecuente ver niñas uniformadas en la playa. Muchas veces es un veraneo de chalet alquilado donde se aloja la familia entera.

extranjeros, aunque no cabe duda que no tardará mucho en llegar aquí un turismo intelectual deseoso de encontrar lugares auténticos. Si bien Punta Umbria se precia de tener veraneantes de Madrid y de haber albergado, no hace mucho tiempo, a personajes de la categoría de un Luis Mariano, lo cierto es que el veraneo del pueblo parece nutrirse principalmente de familias de Huelva y su provincia, de Sevilla, de Córdoba y Badajoz. Es todavía el veraneo largo para el cual las señoras ponen fundas a los sillones isabelinos de brillante tapicería y se trasladan con los niños y las criadas, que suelen llamarse Dolores, a la casita que la familia tiene ya de antiguo junto al mar. Allí pasan la larga temporada, con visitas semanales del marido y padre, a quien la mujer y los niños van a esperar los viernes por la tarde a la **Canoa**. Allí se encuentran los Domínguez, los Rodríguez y los Gómez y se establecen entre ellos amistades que durarán toda la vida y producirán, en el invierno, amplia correspondencia. «Caramba, qué crecido viene este año el hijo de los Domínguez», «Y la niña de los Gómez, ¿has visto?». Los muchachos se harán novios y los barrios acomodados de las ciudades y pueblos grandes se llenarán de matrimonios concertados durante el veraneo.

Atravesando el pueblo por la calle de arena salimos a la playa. En contraste con la placidez de la ría, el Atlántico está siempre un poco agitado. La playa está formada de arena muy fina y de grandes depósitos de conchas marinas. Las instalaciones de los baños son primitivas, con espaciosos merenderos que hacen la función de restaurante y también de baile popular en los días de fiesta. Hay una cafetería moderna y largas filas de casetas construidas de cemento enalado con las puertas de un color verde marítimo. Una particularidad de esta playa es que, cuando baja la marea, deja en la arena una larga balsa de agua estancada donde se bañan los niños.

La playa de Punta Umbria se pierde en el horizonte. Calculo que no existe en España ninguna otra tan larga como aquella. Tiene sucesivos nombres



desde la desembocadura del Odiel y el Tinto hasta Ayamonte, en la frontera de Portugal, donde desemboca el Guadiana, pero, en realidad, se trata de la misma playa. Mazagón, Punta Umbria, El Caño de la Culata, El Romplido, La Antilla de Lepe, La Redondela, Isla Cristina y la playa de Ayamonte, llamada Isla Canela, tienen todas un carácter parecido. Andando por el borde del agua, con la única interrupción del río Piedras, se podría llegar a Portugal. El hecho de que Punta Umbria, que antes dependía del municipio de Cartaya y ahora tiene ayuntamiento propio, sea la más conocida y la más próxima a Huelva no quita mérito alguno a las demás. La reserva turística de esta gran playa de la Costa de la Luz no ha comenzado a explotarse todavía adecuadamente. La construcción de un aeropuerto en Huelva y de instalaciones idóneas en estos pueblos contribuiría decisivamente a potenciar el desarrollo de esta provincia española. Una provincia que fue glorificada por tomar parte, más que ninguna otra, en la epopeya colombina, pero que, a la hora de las realidades, quedó olvidada, ayuna de asistencia, sola con sus problemas en un rincón de la Península.

CADIZ Y LA COSTA DEL SOL

Salimos de Huelva a la mañana siguiente, no sin antes habernos desayunado el bocadillo de jamón de Jabugo que viene en la guía y haber comprado el diario «Odiel». Tuvimos que volver a Sevilla desandando el camino andado a la ida para, desde Sevilla, tomar la carretera de Jerez y Cádiz. En el mapa puede verse la zona blanca que se extiende entre Huelva y Cádiz, una zona grande como toda una provincia, que solamente un cuerpo expedicionario podría atravesar sin peligro, pues no

existen en ella carreteras, sino sólo pistas de arena, en la región llamada Arenas Gordas. El viaje de Sevilla a Jerez y los Puertos es viaje agrícola, latifundista, a través de las plantaciones de cereales y los viñedos. Kilómetros y kilómetros pertenecen a un solo propietario, y cualesquiera alabanzas que se hagan de Andalucía deben tener presente esta tremenda lacra del latifundio privado. En Jerez la cosa adquiere proporciones alarmantes y se disfraza de un paternalismo de sombre-ro ancho. Los hijos de la clase terrateniente se hacen llamar Don tan pronto como empiezan a afeltarse el rostro lampiño, y los señoritos tutean a los viejos camareros. Cádiz es otra cosa. La ciudad más antigua de Occidente, capital del liberalismo español, conserva en nuestra época un aire, digamos, liberal. Es una delicia pasear por sus calles de casas blancas, con sus grandes ventanales enrejados y contemporar sus iglesias de gusto indiano. Nos asomamos a la playa a la hora del baño. Es una playa magnífica que se extiende a lo largo del istmo y tiene muy buenas instalaciones, restaurantes y tenderetes donde venden marisco. Estuvimos hablando con un señor muy simpático, el cual nos explicó que él se acordaba perfectamente de la época en que salía un tren de Sevilla todos los domingos, adornado con banderas, en el que venía la gente a bañarse a Cádiz. Pasaban el día en la playa y volvían a casa por la noche en el mismo tren dominiguero. Dijo que en aquella época solamente veraneaban diez familias en Sanlúcar de Barrameda y otras diez en el Puerto de Santa María. Eran los únicos que podían permitirse el lujo de veranear. Citó algunos nombres de los afortunados de entonces y añadió que él era republicano de toda la vida.

Mirando las matrículas de los coches aparcados a lo largo de la playa vi que había bastantes veraneantes de Madrid, aunque la mayor parte eran de las provincias andaluzas. Nos encontramos a unas chicas madrileñas que trabajaban en la Delegación Nacional de no sé cómo dijeron, las cuales nos explicaron que su oficina la llevaban ellas desde su puesto de secretaria, y que el jefe apenas aparecía por allí. Que estaba muy ocupado con otro empleo que tenía. Estas chicas iban muy compuestas y pintadas, aunque estaban en bañador. Nos contaron que les salían muchos liques y que había un chico, ya algo mayor, que todos los días se ponía cerca de donde ellas estaban. Le miraban por el rabillo del ojo y notaban que hablaba solo. Un día se acercó a su parasol y hablaron con él. «Oye, ¿y por qué hablas solo?». «Porque he sufrido mucho», contestó el ligón.

En Andalucía nos pasaron cosas muy raras que sólo ocurren en países surrealistas. En una ocasión estábamos en una tabernita tomando hueva con aliño y vino de la tierra. Entró un extranjero y trató de preguntarle algo al dueño. No se entendían. El dueño se dirigió a uno de los parroquianos y le preguntó: «Oye, ¿tú hablas inglés?». «Yo no, gracias a Dios», contestó el otro sin inmutarse. En otro sitio, no recuerdo dónde era, se nos presentó un hombre que sin más preámbulos no dijo: «Me da usted un cigarro». Afirmó que se le había «caído» el paquete. Le dimos un cigarro, lo encendió y se marchó después de preguntarnos: «¿Mandan ustedes algo más?».

Tuvimos grandes dificultades para encontrar un lugar donde dormir en Cádiz. Los hoteles estaban llenos; las pensiones, también. Entramos en un bar y nos dijeron que «Desde luego,



no van a dormir ustedes en la calle». Nos encaminaron a la calle de Brunete, a no sé qué número. Fuimos allí y nos encontramos a una señora bastante gruesa con un niño en brazos. Dijo que lo sentía muchísimo, pero que tenía la habitación alquilada a un matrimonio. Bajó a la calle con nosotros, seguida por tres o cuatro niños más, y nos acompañó a la casa de al lado. Llamó a la puerta y salió la vecina, la cual dijo que también tenía alquilado el cuarto. Subimos todos juntos, con la vecina, al piso de arriba, a casa de una viuda. Tampoco. La viuda nos dijo que podíamos probar en casa de su madre, pero que vivía muy lejos. Intervino la primera señora, la de los niños, y nos tranquilizó diciendo: «Desde luego, ustedes en la calle no se quedan». Llamó a un chaval y le preguntó: «¿Tú sabes dónde vive la hija del Daniel? Es allí, en las Casitas Bajas». Se volvió a nosotros: «Vayan ustedes a casa de la hija del Daniel de parte de Joaquina». Fuimos a las Casitas Bajas y esta señora, hija del Daniel, nos proporcionó una buena habitación. Las Casitas Bajas es un grupo de casas de una sola planta, el Grupo España, que, según nos explicó esta señora, fueron construidas «provisionalmente» después de la tremenda explosión de 1947.

Salimos de Cádiz al día siguiente por la carretera que conduce a Chiclana de la Frontera, Vejer y Tarifa. Vejer de la Frontera es de los pueblos más bonitos de España, con sus molinos de viento y sus casas encajadas. Seguimos a Tarifa a través de un paisaje de colinas con cortijos blancos y ganaderías de toros bravos. El paso de la zona atlántica a la mediterránea es muy perceptible. El aire es de repente más caluroso, la vegetación cambia. Nos detu-

vimos en Algeciras un momento, el tiempo para tomar un café, y empezamos a notar ya la proximidad de la Costa del Sol. Hasta entonces apenas habíamos encontrado turismo extranjero. La mayoría de los veraneantes europeos van a donde les mandan las agencias. Muy pocos de ellos se atreven a explorar por sí mismos nuevos pueblos y playas.

El pueblo de Estepona, que está detrás de la absurda fila de rascacielos de la playa, merece la pena de una visita. Es un pueblo andaluz blanco, con macetas de geranios. En la Costa del Sol, más que en ninguna otra parte de España, se han cometido barbaridades arquitectónicas de primera magnitud. Los pueblos han quedado sepultados bajo los bloques de apartamentos o arrinconados detrás de los rascacielos. Los turistas no parecen tener interés ninguno por ellos. Me sorprendió, por ejemplo, no encontrar casi extranjeros visitando la muralla árabe de Marbella. El único pueblo que parece despertar interés, porque viene en los prospectos, es el de Mijas, en la montaña que está sobre Fuengirola. Pero es tan turístico, con sus burritos enjaezados montados por señoras inglesas, sus tiendas de souvenirs y sus aldeanos vestidos a la usanza del país, que parece un pueblo artificial.

En Marbella se repitió la aventura del hotel. Después de infructuosos intentos en los establecimientos hoteleros y en los bloques de apartamentos que se alquilan por días, anduvimos durante mucho tiempo por el pueblo preguntando a las mujeres que estaban sentadas en sus sillas de anea a la puerta de las casas. No había sitio en ninguna parte. Al pasar por delante de una pensión vimos un cartel que decía: «Aquí no hay na».

La gente se interesaba mucho por nosotros, lo mismo que en Cádiz, y nos repetía incesantemente: «Er Tena, er Tena», haciéndonos signos con la mano. Aunque nosotros hablábamos el español, ellos no acababan de creérselo y hablaban gritando y con gestos. Al poco rato de dar vueltas por las calles estrechas de la vieja Marbella todo el mundo nos conocía. «Er Tena, er Tena», repetían. Nos explicaron que el único que podía tener habitaciones libres, aunque muchos de ellos parecían dedicarse también al hospedaje, era precisamente el Tena. Un guardia que estaba a la puerta de una casa nos explicó que, fíjese usted cómo estaría el asunto que acababan de mandar a aquella casa a un cliente de un hotel de lujo para ver si encontraba una cama. Le preguntamos si el Tena tendría sitio y dijo que probáramos, que a lo mejor el Tena tenía. Fuimos donde el Tena y le encontramos cenando pescado frito y ensalada de cebolla. Era un hombre corpulento, en camiseta. Nos asomamos a la entrada y le preguntamos: «Señor Tena, ¿tiene usted sitio?». «No», contestó él sin dejar de comer.

Por fin, junto con el Tena, el guardia y otras personas, deliberamos a ver lo que sería mejor. Si seguir por la carretera hacia Torremolinos y Málaga o volver atrás hacia Estepona. Dijeron que en Torremolinos, ni pensarlo, y que en Málaga sería difícil por las ferias. Después de mucho preguntar en los hoteles de la Costa, encontramos una pensión en un pueblo situado a unos tres kilómetros de la carretera general. Después de dejar las maletas bajamos a comer algo y nos sentamos en la terraza de un bar junto a los campesinos, que jugaban al tute subastado. Iban vestidos con el clásico traje de

Millares de kilómetros quedan atrás, después de un viaje feliz. A bordo del Seat-124, Carandell se dispone a emprender la última parte de su largo recorrido. Con el flamante 124 no ha habido problemas en la carretera. No los habrá, tampoco, en el resto del itinerario: la velocidad ha estado al servicio de esta síntesis periodística de veraneo español.

dril y el sombrero negro de los andaluces del campo. Alguien nos explicó que algunos de los que estaban jugando a las cartas se habían hecho multimillonarios con la venta de los terrenos. «Aquél de allí tiene veinte millones de pesetas en el banco y se pasa el día diciendo que cuando sea viejo no tendrá qué comer». Nos contaron que los campesinos, con el desarrollo del turismo y la especulación de los terrenos, habían descuidado las plantaciones de caña de azúcar y que se habían cerrado algunas fábricas. El turismo se ha convertido en la Costa del Sol en un peligroso monocultivo. El valor de los terrenos es demasiado alto para que puedan instalarse allí otras industrias productivas. Pero Málaga parece vivir confiada. El tinglado —dicen— es demasiado grande para que pueda ser desmontado de la noche a la mañana.

A otro día dimos una vuelta por la zona de los grandes hoteles y complejos residenciales. Entramos en alguno de ellos. Los españoles figuran en las listas de recepción en número aproximadamente igual al de los extranjeros. En Marbella hay un veraneo español que viene a ser, para la clase alta de este país, el reverso de la medalla del veraneo en San Sebastián. Son muchos los que después de permanecer quince días lánguidamente recostados en las tumbonas de la playa de Ondarreta vienen a Marbella a divertirse. En Torremolinos, en cambio, predominan, con toda seguridad, los extranjeros. Es el veraneo internacional, que sólo tiene parangón en las Baleares y en algunas playas de la Costa Brava.

La vuelta de Málaga a Madrid es a través del paisaje seco, sediento, de la España no turística. ■ L. C.

EN EL PROXIMO NUMERO:
VACACIONES A LA ESPAÑOLA

5

CERCEDILLA Y LOS
RODRIGUEZ